

Tienes toda la razón: *La fábula de las regiones* se crea desde Venezuela. La palmera de Reverón, en efecto, no es casual; la palmera muestra lo que yo apenas balbuceo, hace visible la esencia del libro.

Pero recuerda, Gustavo, que en los autores siempre hay dos familias: la de la vida real y la literaria. La pregunta sería entonces: ¿también el libro emana de la literatura venezolana?

—«*Un café con Gorrondona*», que recientemente publicamos en Francia, es, entre otras cosas, una feroz y divertida crónica imaginaria de los mundos e inframundos de la literatura y la vida literaria actuales. Hay allí páginas inolvidables, como la entrevista del poeta Leñada, que recoge «El botón de oro», una de las mejores sátiras que he leído contra nuestra permanente feria de vanidades. Tu descripción de la imagen del escritor en esos cuentos no es, en verdad, muy halagüeña y coincide con la crítica que se viene haciendo, desde hace algunos años, al desmedido culto a la personalidad en nuestras sociedades del espectáculo. ¿Te cuentas entre los que piensan que hoy la enfermedad de la literatura no está en el exceso de libros sino en los excesos de los autores?

—La sociedad del espectáculo y mis libros son entidades que jamás se han rozado. Sólo me conocen mis amigos, entre los cuales hay lectores maravillosamente sagaces. «Poquitos pero buenos», como decía Juan Vicente Gómez, aquel cazarro que también murió en su cama. No hay Historias de la Literatura, Diccionarios o Libros de Consulta en los que mi nombre aparezca. En esas obras suele dominar, como categoría clasificatoria, el concepto de «nación» y mi biografía, claro, no ayuda. Según algunos, podría ser argentino, otros se inclinan por la Banda Oriental y los más enterados vacilan entre Italia y Venezuela. Los venezolanos suponían, cuando todavía no era verdad, que desde hacía tiempo ya era mexicano. Los mexicanos creen que en las entretelas del alma (lo único que importa, no los documentos) aún soy extranjero. Una chica lindísima, de madre azteca y padre montenegrino, aseguraba que yo era suizo-italiano: insistía en que mi acento era más de Lugano que de Texcoco. ¡Que niña más terca! El crítico alemán Dieter Ingenschay escribió una penetrante reseña en el *Frankfurter Allgemeine* sobre la traducción de *La Fábula de las Regiones* y para ello buscó noticias sobre el autor en las habituales obras de referencia y, por supuesto, no encontró ninguna. Las editoriales que en nuestra lengua se han arriesgado a editarme (¡tres hurras por ellas!) padecen la situación y prácticamente han renunciado a distribuirme. Prefieren —creo entender— «la distribución oral»: después de una cena, y una vez valorada la calidad del invitado, le recomiendan, a la manera de un secreto de secta, alguno de mis títulos...

Si hablé mal de Leñada, me retracto. Me pasó, Gustavo, que no aguanté la repentina arrogancia de nuestro metafísico de arrabal. Me lastimó que Gorrondona observara la transformación de un alma —más que pura, de limbo— en un nervioso gallito de feria. Por cierto, no he vuelto a saber de Leñada. Ojalá me contaras cómo le fue en Frankfurt.

—*En tu ensayo «La página perfecta» tratabas de imaginar cómo leerían a Borges las nuevas generaciones y esperabas que descubrieran a un autor aún mayor al que tú mismo descubriste. Más de veinte años han pasado desde aquel ensayo y, de seguro, tú has seguido leyendo a Borges durante todo este tiempo. En realidad, ya eres ese lector futuro. ¿Qué ha cambiado en tu visión de su obra? ¿Cómo la lees hoy?*

—Quizá no erré en aquella conjetura de hace casi treinta años: creo que la lectura de Borges se ha simplificado: sus innovaciones estilísticas se han trasladado, en efecto, al idioma común y los viejos lectores nos encontramos a menudo con «borgismos» inconscientes, perfectamente naturales, usados sin propósitos literarios. La prosa ha adquirido un clasicismo mayor, pero no ha perdido ni ironía ni humor y, menos aún, filo crítico. Tal vez ahora destacan más las grandes metáforas de los relatos de Borges, paradigmas de situaciones esenciales. Nada menos.

Dicho esto, confieso que fui un lector más cercano a la lengua de Borges que a sus enigmas teóricos o filosóficos. Siempre he pensado que quien lo ha leído sólo en traducciones, se ha perdido la mitad de la fiesta y tiende entonces a privilegiar la imaginación especulativa de Borges. Que ciertamente está allí, aunque me niego a convertirlo en un investigador (¿por qué tengo ganas de decir «danés»?) sobre «mundos paralelos» o a que lo reduzcan a un repertorio de problemas ritualmente académicos. Admito, sin embargo, que antes tomaba un poco a la ligera las preocupaciones metafísicas de Borges, como si fueran meros recursos literarios.

Todavía me emociona intensamente la lenta progresión hacia sus páginas perfectas, *Ficciones*, *El Aleph*, *Otras Inquisiciones*. ¡Qué años prodigiosos!. Pero ahora me gusta más ver su obra como la creación de un universo musical, un tapiz, un *continuum* lingüístico en el que se encuentran los libros inmortales y también las aproximaciones, los tanteos, los posibles resbalones: todos forman parte de ese sistema de *escritura Borges*. Es el gran regalo que nos hizo.

Me alegra que haya superado las barreras ideológicas, que ya no tengamos que oír aquellas obtusas letanías sobre el «elitismo», «europeísmo», «oligarquía», «origen patricio», «revista *Sur*», etc., etc. ¡Cuántas mujeres

gallardas (la pasión política las embellecía) que eran peronistas, marxistas, marxólogas, marxianas, trostkistas, maoístas, fidelistas o guevaristas, me consideraron un desecho histórico, un anémico fin de raza, por haberles obsequiado una edición a la rústica (la más proletaria, créanmelo) de *El Aleph*! Me cuentan que las cosas han cambiado en Buenos Aires y que ahora la crítica de izquierda ha llegado a la conclusión de que Borges es el mejor escritor del siglo XIX...

De todos se ha salvado Borges, también de los buenos escritores. Te pondré un ejemplo. En los *Diarios* de Max Aub encontré (4 de enero 1941) la siguiente opinión: «Ese deseo insano de aparecer europeo muy sabido y leído. Ese huir –con meticulosa preocupación– de todo lo nacional. Esa prosa muerta de Jorge Luis Borges. Ficción que vendrá pronto a polvo». Y seis meses después (15 de junio): «*Ficciones*, de Jorge Luis Borges, o de cómo la erudición –verdadera o falsa– mata la poesía. Y esa presunción... Pobre, pobrecito Borges, humanista policíaco y consultor de enciclopedias (y si no, peor)».

—*Muchos esperamos desde hace ya algunos años una novela de Alejandro Rossi. Varias veces hemos hablado del tema y, en una de nuestras últimas conversaciones en París, me confirmaste que estás trabajando en ella. No estaría de más que nos abrieras un poco el apetito con algunos datos sobre la historia y el protagonista. Si no me equivoco, vuelves a tratar un asunto venezolano y, además, decimonónico y familiar.*

—Estoy por terminar una narración larga: prefiero llamarla así que «novela», palabra que me trae a la cabeza malas películas. La «historia» se me ocurrió (¿empieza la película?) al encontrarme, en Hamburgo, con una señora que había conocido en mi adolescencia, a finales de la Segunda Guerra Mundial. No en Venezuela y tampoco en Italia, ni siquiera en uno de esos barcos en que cruzábamos el Atlántico. Fue en Argentina, en las sierras de Córdoba. Me trajo, como un relámpago, algo que había ocurrido allí. Comencé a escribirla hace casi dos años y pensé que no pasaría de ser un cuento más o menos extenso. Pero de pronto estaba yo hablando de Caracas y de personajes venezolanos, de Roma, de la guerra, de unas monjas españolas, del Afrika Korps, de un verano en Sevilla y de Villa Martelli en Settignano. Demasiado para un cuento. Kafka decía –¿te acuerdas?– que no podía leer a Balzac, demasiados personajes. Me pregunto si no es ridículo que un hombre de setenta años intente escribir su primera novela.